

México 2012: una nueva espiral en la crisis del mando político y de la comunidad ilusoria

*Jaime Osorio**

RESUMEN

El triunfo electoral y el arribo a la Presidencia de México de Enrique Peña Nieto expresa la continuidad de la ya larga crisis de la relación mando/obediencia en este país, abierta a lo menos desde el gobierno de Carlos Salinas de Gortari y agudizada bajo el mandato de Felipe Calderón. La grotesca utilización de la pobreza como instrumento para la manipulación y masiva compra de votos; el cinismo de autoridades electorales, hacendarias y judiciales para no ver y no investigar, y del PRI para intentar ocultar y, una vez abierto el tema, minimizarlo, constituyen elementos que dan una nueva vuelta en la espiral de ausencia de legitimidad de las autoridades de gobierno y en ensanchar la brecha establecida entre ciudadanos y la clase política en su conjunto. Sobre estas bases de fragilidad se moverán los intentos del nuevo gobierno por recomponer una comunidad ilusoria seriamente fracturada.

PALABRAS CLAVE: crisis, relación mando/obediencia, comunidad ilusoria.

ABSTRACT

Enrique Peña Nieto's electoral triumph and his arrival to the Mexican Presidency expresses the continuity of an already long crisis in the command/obey relationship in this country, open at least since the government of Carlos Salinas de Gortari, and emphasized under Felipe Calderón. The grotesque utilization of poverty as a tool to manipulate the massive purchase of votes; the cynicism of the Electoral, Treasury and Magisterial authorities, which decided not to see nor investigate the facts; and the PRI trying to hide and, once open to the public eye, minimizing the problem, all constitute elements that give a new turn to the spiral of an absence of legitimacy of the authorities in the government, widening the established gap between citizens and politicians. It is on this fragile ground where the new government will attempt to rebuild a seriously damaged illusory community.

KEY WORDS: crisis, command/obey relationship, illusory community.

* Profesor-investigador en el Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco.

Las elecciones presidenciales de 2012 en México se desarrollaron en un contexto en donde a lo menos destacan los siguientes aspectos de la crisis estatal:

- a) Una grave crisis de legitimidad de las máximas autoridades políticas del país, como resultado de los serios cuestionamientos de las elecciones presidenciales de 2006.
- b) La llamada guerra al narcotráfico puesta en marcha por el presidente Felipe Calderón no logró ganar reconocimientos de la población al mando y –por el contrario– elevó los rechazos al gobierno, ante el elevado costo en vidas que provocó, los pobres o nulos resultados en contener las operaciones de las bandas criminales y la creciente colusión de autoridades policiales y políticas en las acciones delictivas.
- c) Una crisis política y estatal de más largo alcance que puede caracterizarse como crisis de la (ilusoria) comunidad estatal mexicana.

Los principales elementos que han propiciado esta particular crisis estatal en México pueden sintetizarse en los siguientes puntos:

- a) La puesta en marcha, por lo menos desde la década de 1980, de un nuevo patrón de reproducción de capital, el exportador de especialización productiva, de la mano de políticas económicas de corte neoliberal, que han provocado rupturas de pactos de larga duración en la articulación estatal mexicana, y de alianzas sociales que toman forma en la primera mitad del siglo XX.
- b) Dichas rupturas tienen su origen en el sesgo clasista reducido a fracciones y sectores del gran capital operante en México, sea local o transnacional, que son los que se benefician de manera fundamental con el actual patrón; en el drástico deterioro de las condiciones de trabajo y de vida en general del grueso de la población asalariada; en el pobre comportamiento de las tasa de crecimiento económico y la incapacidad de incrementar los niveles y la calidad de los empleos; en la precarización predominante en los nuevos puestos de trabajo, así como la reconversión a tales condiciones de muchos de los ya existentes;

- en el incremento de la desigualdad social, y la persistencia de la pobreza y la miseria.
- c) La cristalización de este nuevo patrón de reproducción terminó por poner fin a las relaciones sustentadas en el pacto de protección/lealtad que tuvo sus orígenes en la etapa colonial y que con readecuaciones diversas persistió debilitado hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX, siendo la reforma del artículo 27 constitucional sobre la propiedad de la tierra, bajo el gobierno de Carlos Salinas de Gortari, la puntilla que marcó su liquidación (Roux, 2010).
- d) A la ruptura de dicho pacto de larga data se agregó a su vez la ruptura de las alianzas de clases que bajo la puesta en marcha del patrón de industrialización el capital mexicano debió poner en marcha con capas obreras y de la pequeña burguesía asalariada. Eran los tiempos de una burguesía industrial cuyas diferenciaciones internas eran reducidas aún, y que a lo menos en las décadas iniciales del patrón industrializador requería de la creación de mercado interno vía salarios, sea por la multiplicación de los empleos industriales, como de la expansión de la burocracia estatal. En ambas direcciones se orientaban las inversiones estatales y el abaratamiento de los créditos, así como la expansión de las prestaciones sociales en materia de vivienda, educación, salud pública y más tarde en alentar el consumo de bienes durables (Osorio, 2012).

La ruptura de aquel pacto, de arraigado peso en la construcción de la moderna estatalidad mexicana, y de las alianzas sociales conformadas en el periodo industrial, remedo de las operante en los Estados benefactores, no podían sino provocar grandes transformaciones políticas en la sociedad mexicana.

Todo esto puso en la mesa política un serio problema de legitimidad del mando político y de reconstrucción del imaginario de comunidad para el bloque en el poder, radicalmente rearticulado, y en particular para los reducidos sectores monopólicos hegemónicos en el nuevo proyecto de reproducción. Una ruta era asumir las transformaciones políticas que alentaba el proyecto de transición a la democracia, principal fórmula que el capital latinoamericano y trasnacional puso en marcha en la región desde la década de 1980, a fin de reconfigurar la relación mando/obediencia, y

reconstituir nuevos lazos de comunidad. En México, sin embargo, esta potencial solución encontró problemas, los que se han vuelto a presentar en las elecciones de 2012.

LAS VÍAS DE LA TRANSICIÓN EN LA REGIÓN

Las transiciones a la democracia en América Latina, con ritmos y tiempos diferenciados en cada caso, fueron tomando forma en las sociedades de la región, en unas por la vía del traspaso del gobierno de dictaduras militares a gobiernos civiles, en otras, de gobiernos civiles calificados como autoritarios a gobiernos civiles “democráticos”. En todos los casos eran las elecciones el paso necesario. Es así como comienzan a multiplicarse los procesos electorales, las instituciones y los procedimientos que los hicieran viables, convocándose a la participación de fuerzas políticas que incluían a un amplio espectro ideológico, donde no faltarán fuerzas de “izquierda”, algunas no sólo alejadas de la vida institucional anterior, sino abiertamente contrarias, y ahora no sólo integradas sino reconvertidas en fuertes defensoras de los nuevos procedimientos en marcha.

Los mayores éxitos del llamado proceso de democratización se podía medir por la entrega institucional del gobierno por parte de militares a civiles, como lo hizo Augusto Pinochet a Patricio Aylwin en Chile, tras su derrota en un referéndum, o por el traspaso del gobierno entre fuerzas políticas ubicadas en las antípodas, como Fernando H. Cardoso a Luis Inacio Lula da Silva en Brasil. El abanico de soluciones en esta línea va a ser diverso, pero tiene como fondo la realización de elecciones creíbles y el paso de súbditos a ciudadanos, supuestamente cada vez más *empoderados*, y una institucionalidad acorde con ese trasfondo: partidos políticos, parlamentos, registros electorales, organismos encargados de velar por las campañas, los votos, etcétera.

En medio de esta dinámica que va consolidándose en las últimas décadas del siglo XX y a inicios del siglo XXI, surgen soluciones que las clases dominantes en la región no esperaban. La virulencia del proceso contrarrevolucionario llevado a cabo entre las décadas de 1970 y 1980 en la región, con picos diferenciados en cada caso, hacía esperar tiempos de tranquilidad de mayor perdurabilidad (Osorio,

2009). Sin embargo, haciéndose fuertes en movimientos sociales de diverso tipo y en las aperturas institucionales que la llamada transición reclama, toman forma en el escenario regional gobiernos como los de Hugo Chávez y Evo Morales, que a diferencia de otros gobiernos calificados como de izquierda o progresistas (donde destacan los de Ricardo Lagos y Michelle Bachelet en Chile, o el de Lula da Silva en Brasil), se plantean no sólo maquillajes menores sino modificaciones que alteren con mayor o menor profundidad las estructuras sociales y políticas imperantes, al tiempo que limitan las formas predominantes de reproducción del capital, sea por estatizaciones y por políticas sociales que modifican el destino del gasto público, al tiempo que buscan convivir –no sin conflictos– con la efervescencia de sectores que irrumpen en la vida pública, reclamando viejos y nuevos derechos.

Condensando tendencias en sentido contrario, se producen también verdaderos golpes institucionales contra gobiernos emanados de elecciones, como ocurre en los derrocamientos de los gobiernos de Manuel Zelaya en Honduras y más tarde de Francisco Lugo en Paraguay, los que provocan encendidas denuncias de algunos gobiernos de la región y débiles acciones de la Organización de Estados Americanos (OEA).

Lo relevante de estos últimos procesos es que ponen de manifiesto que en la región las tendencias autoritarias están presentes y –a pesar de hacerse manifiestas en sociedades pequeñas–, cuentan con fuerza incluso para desafiar las tendencias que apuestan por las soluciones electorales, en las que se ubican gobiernos como los de Brasil y Argentina, para no mencionar a los de Bolivia y Venezuela.

LA PARTICULAR NO-SOLUCIÓN MEXICANA

En México la llamada transición a la democracia se ha topado con problemas particulares. Sus primeras manifestaciones se hicieron visibles en los procesos electorales de 1988 cuando tras una cerrada votación que marcaba tendencias favorables al candidato de la izquierda, Cuauhtémoc Cárdenas, el sistema de recuento de votos “se cayó”, lo que significó su suspensión, de la mano de la Secretaría de Gobernación (Ministerio del Interior), retomándose

posteriormente, pero marcando ahora una clara tendencia favorable al candidato del PRI, Carlos Salinas de Gortari.

A esa fecha el PAN no había ganado ninguna elección presidencial, por lo que su condición de partido opositor al régimen priísta se hacía sentir, teniendo en su centro el reclamo a la necesaria democratización del gobierno, lo que pasaba en una primera instancia por poner fin a la larga permanencia del PRI a la cabeza del aparato de Estado.

Esa vocación del PAN comenzará a sufrir serios resquebrajamiento, y tendrá consecuencias hasta nuestros días, en tanto avanzan las transformaciones que dan vida al nuevo patrón de reproducción exportador de especialización productiva bajo el gobierno de Salinas de Gortari, y que tendrá en la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), con Estados Unidos y Canadá, uno de sus hitos fundamentales.

En medio de una gestión gubernamental que se orienta en tal sentido, el gobierno aplica programas sociales contra la pobreza –en aras de ganar legitimidad–, lo que le permite aglutinar líderes y bases de movimientos sociales calificados de izquierda (campesinistas, maoístas, etcétera), para definir y poner en marcha tales programas. Por otra parte, logra la cooptación de núcleos intelectuales que asesoran al Ejecutivo en las reformas político-electorales y en la gestión política general, destacando el grupo de la revista *Nexos*, con Héctor Aguilar Camín a la cabeza, y donde participa también José Woldenberg, quien fungirá más tarde como el primer director del Instituto Federal Electoral (IFE), faraónico organismo creado para “ciudadanizar” los procesos electorales.

La realización de grandes negocios desde el gobierno, relacionados con la venta de importantes empresas estatales, permite a Salinas de Gortari –además de enriquecerse él y su familia ampliada– tender puentes para nuevas relaciones del priísmo y el panismo, este último bajo la figura de Diego Fernández de Cevallos, un abogado que se convertirá en personaje central en la política de acuerdos del PAN con el PRI y en la reconversión del PAN en un partido cada vez más cercano al PRI en periodos posteriores en términos de representación de clases y de conjunción gubernamental, más allá de matices ideológicos en sus aparatos partidarios.

Tras un cierre de gobierno marcado por serios conflictos clasistas, donde destaca particularmente el levantamiento del

Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), que saca de la invisibilidad política a los indígenas, y de conflictos y disputas en el seno de la clase reinante, en medio de los cuales son asesinados el candidato priísta a suceder a Salinas de Gortari, Luis Donald Colosio, así como el secretario general del PRI, y ex cuñado de Salinas, Francisco Ruiz Massieu, un oscuro tecnócrata, Ernesto Zedillo es ungido como abanderado del PRI a las elecciones presidenciales de 1994, y termina ganando unas elecciones donde no existe real disputa electoral.

La matanza de indígenas en Acteal, Chiapas, en operaciones contrainsurgentes dirigidas a atrapar o liquidar al dirigente del EZLN, el subcomandante Marcos; el plan para salvar a los bancos de la quiebra (Fobaproa) y que implica endeudar a toda la población mexicana por generaciones, y el traspaso del gobierno al panista Vicente Fox, quien gana en las elecciones presidenciales del 2000, constituyen algunos de los hitos más relevantes del mandato de Zedillo, hoy asesor de grandes corporaciones y coordinador académico de proyectos en universidades de Estados Unidos.

Con aquel traspaso gubernamental, las ilusiones de que ahora sí! caminan la democratización del gobierno y del Estado mexicano, se acrecientan. Sacar al PRI del gobierno e iniciar "la alternancia", se habían erigido en ideas-fuerza en tal sentido por una amplia gama de la intelectualidad y por fuerzas opositoras. Pronto aquellas ilusiones se desplomarán en medio del desgobierno que caracteriza a la gestión del primer presidente panista, la corrupción rampante que lo acompaña, la multiplicación de negocios familiares y de los amigos, y para cerrar con broche de oro, la conversión del propio presidente en el principal obstáculo para la candidatura del perredista (PRD) Andrés Manuel López Obrador a las elecciones del 2006.

Con una acusación judicial insostenible logra su desafuero, en colusión con magistrados y la bancada del PRI en el Congreso, acuerdo que ante masivas movilizaciones en la capital del país debió ser revertido. Más tarde desempeña un papel activo en el fraude electoral en dichas elecciones, de las cuales resulta triunfador el candidato del PAN, Felipe Calderón, con un 0.052 por ciento de ventaja sobre López Obrador.

Las viejas prácticas del PRI, ahora utilizadas para fortalecer la posición del candidato panista se pusieron en marcha en el 2006:

relleno de urnas, anulaciones de votos contrarios, incremento del número de votos en casillas, por encima de los votos reales, apoderamiento de casillas por funcionarios y golpadores afines al fraude, colusión de gobernadores panistas y priístas que hacen vista gorda a las operaciones fraudulentas.

Papel destacado en estos procesos es el que lleva a cabo la dirigente priísta del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, Elba Esther Gordillo, distanciada del candidato priísta, Roberto Madrazo, quien nunca alcanzó posibilidades reales de triunfo.

A lo largo de la campaña y ante las enormes movilizaciones que alcanzaba López Obrador, la radicalización de las televisoras y de las organizaciones patronales se hizo patente. No había programa televisivo en que no se lo ridiculizara y en fechas cercanas a las votaciones se presentarán resultados de encuestas en las que Calderón aparecía próximo a –o empatado con– las cifras de López Obrador, quien siempre encabezó dichas encuestas con claras ventajas. También se multiplicaron los espacios de propaganda contratados por “asociaciones civiles”, fachada de los organismos patronales, en los que al candidato opositor se lo presentaba como el Hugo Chávez mexicano y como “una amenaza para México”, para la propiedad [...] de casas, autos, etcétera, en un claro sentido de asustar a los enormes sectores pequeño burgueses, las llamadas clases medias en las teorías de la estratificación.

CALDERÓN: VA LA GUERRA

La generalizada percepción de fraude electoral, del regreso de las viejas prácticas del autoritarismo priísta a lo menos en el campo de las elecciones, lanzó a la basura el proyecto de legitimación del mando político por la vía de la “transición a la democracia”. La dirigencia del PRI y del PAN, y de partidos menores, con sus respectivos parlamentarios que conformaban la mayoría del Congreso, la clase reinante, con el ex presidente Fox a la cabeza, los magistrados del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF) y del IFE y las principales organizaciones empresariales, se coluden en el golpe blanco llevado a cabo. De ahí a la generalizada descomposición de la vida pública había sólo un paso que no tardó en producirse.

Ese proceso encontró un nuevo aliciente en la decisión del nuevo mandatario de sacar a los militares a las calles con el fin de hacer frente a las bandas de narcotraficantes y del crimen organizado, que elevan su capacidad de delitos y crímenes desde el 2006 en adelante.

La medida, gestada en una estrategia de “guerra interna” llamada a cohesionar y acuerpar la voluntad de la ciudadanía frente a un enemigo configurado, y con ello lograr articular la legitimidad del mando político y cohesionar a la comunidad, terminó convirtiéndose en una patada al avispero, sin un plan ni fuerzas militares medianamente preparadas. Al final, más de 60 mil muertos, bandas criminales operando en todo el país y estados bajo reglas de excepción, a pesar de la masiva presencia en las calles de los cuerpos militares, y crecientes críticas internas y opiniones externas de autoridades y expertos respecto al fracaso de tal estrategia.

Importa destacar la insistencia del gobierno en mantener y en defender su plan. La tozudez de Calderón es insuficiente, aunque operara. El aval de la Casa Blanca y demás centros de poder político-militar de Washington otorgaron al gobierno panista un apoyo nada despreciable, que en el interior no encontraba, lo que permitía a su vez a los estrategas y servicios de inteligencia estadounidenses un espacio de acción en territorio mexicano como pocas veces pudieron contar. Las declaraciones sobre Estado *fallido* desde posiciones secundarias de centros de *think thanks* estadounidenses constituyeron globos de prueba para futuras estrategias de mayor injerencia en el sur.

También es relevante destacar la capacidad de las clases dominantes y de la clase reinante en presentar la descomposición de la vida pública y la desintegración de la vida en común como un asunto provocado por las bandas criminales, que llegaron a arrebatar la paz a México, sin asumir las responsabilidades que les corresponde en la materia como resultado de su decisión de jugarse por el fraude antes que permitir el triunfo de López Obrador, y con ello agudizar la crisis del mando político abierta con la puesta en marcha del nuevo patrón de reproducción, y la ruptura de alianzas y pactos que sostenían los acuerdos cohesionadores de la comunidad estatal. En el fondo, la respuesta del gran capital mexicano, al dar las espaldas a una voluntad mayoritaria, se inscribe en el interrogante –formulado por Brecht– en el cinismo

reinante: “la gente ha perdido la confianza en el gobierno. No sería más fácil [...] disolver al pueblo y que el gobierno elija otro?” (citado por Žižek, 2009:253).

LA CRISIS ESTATAL

Lo anterior, vale la pena recalcarlo, no significó la *crisis del Estado en general*, ni mucho menos su “disolución” (Ávalos, 2010) ni su “desmoronamiento” (Roux, 2011), sino la crisis de algunas de sus dimensiones, como las antes señaladas. A pesar de la violencia imperante y del debilitamiento del mando y de los mecanismos cohesionadores de la vida pública, el orden societal establecido por el capital y en particular por algunas de sus fracciones y sectores siguió su marcha. Los trabajadores siguieron presentándose en fábricas, comercios y servicios diversos. La explotación y el dominio de clases siguieron su curso y la cohesión devenida de aquellos procesos siguió operando. Y todo esto remite a asuntos fundamentales del Estado, no constituyen asuntos menores, que organizan la vida en común en una determinada forma y dirección.

En este contexto, metáforas como “fragmentación” del Estado (Roux, 2010), como si cualquier dimensión de lo estatal tuviera el mismo peso en la relación-Estado, o explicar su debilitamiento actual en términos de “ausencia de ley” (Roux, 2011), en una sociedad como la mexicana –y en la dinámica de lo político, donde la ley ha sido históricamente un asunto secundario, por lo que no remite a ninguna característica particular de este momento–, no dejan de ser propuestas que no apuntan a explicar lo central de la actual situación.

EL REGRESO DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

En la contienda electoral por la Presidencia de México de 2012 compiten tres candidatos con opciones reales: Josefina Vázquez Mota por el PAN, Enrique Peña Nieto por el PRI y Andrés Manuel López Obrador por el PRD/PT. Las campañas se realizan con más pena que gloria en su etapa inicial, destacando la distancia que establece el presidente Calderón con Vázquez Mota, y los

mesurados afanes de ella por marcar alguna diferencia con un gobierno que carga la pesada loza del fracaso de la guerra contra el narcotráfico, los miles de muertos, el deterioro de los salarios y el decrecimiento del empleo. López Obrador levanta un discurso muy moderado, el de “la república amorosa”, tratando de evitar la caricatura radical que sus rivales políticos y empresariales impusieron en la contienda anterior y de ganar posiciones en sectores pequeño burgueses menos politizados. Peña Nieto, por su parte, enarbola el discurso del nuevo PRI, democrático, transparente, de nuevos cuadros, contra el peso histórico del PRI de los dinosaurios, autoritario, de la corrupción y la represión.

Este campirano escenario se modifica de manera abrupta tras la visita de Peña Nieto a la Universidad Iberoamericana en la capital del país, donde sectores estudiantiles increpan al priísta, lo acusan de asesino por la matanza y agresiones contra pobladores y floristas en San Salvador Atenco, Estado de México (donde fue gobernador), y de ser prohijado por las televisoras, y lo siguen en su recorrido por pasillos de la Universidad, viéndose obligado a guarecerse en un baño y salir más tarde en fuga del recinto universitario. Los acusados por la dirigencia del PRI de que no eran estudiantes sino provocadores, y sólo un puñado, se presentan en un video en Youtube mostrando sus credenciales, identificándose como “Yo soy 132”, con lo que irrumpe en la lucha política y electoral del país un vigoroso y creativo movimiento estudiantil que rápidamente se extiende a otras universidades y que levanta una serie de demandas, en particular de democratización y equidad en la televisión y medios impresos, ante el sesgo que ahí se manifiesta en favor del candidato priísta.

La campaña electoral se calienta y obliga a las televisoras y otros medios a dar cobertura a las acciones de #YoSoy132 y de los otros candidatos, temerosos de hacer evidente las acusaciones de parcialidad que aquel movimiento les formulaba, pero también en un gesto de cinismo, como luego veremos. En su afán de deslindarse de la acusación de actuar en favor de algún candidato, en particular en contra de López Obrador, y amarrados a un pacifismo extremo, manipulado desde los medios, terminan por dejar sin respuestas a ese movimiento frente a las violaciones del voto libre, a la manipulación y a las masivas compra de votos que lleva a cabo el aparato priísta desde semanas previas a las elecciones,

particularmente en zonas rurales y las de mayor pobreza del país, lugares en los que curiosamente el PRI logró revertir los elevados niveles históricos de abstencionismo y además conseguir muchos votos a su favor.

El rápido reconocimiento del triunfo de Peña Nieto por la candidata panista, aún sin que se cerraran algunas urnas, seguido por cadena nacional por el del presidente Calderón, fueron el anuncio de que entre el priísmo y a lo menos el gobierno de Calderón ya existían acuerdos. La prensa terminó presentando documentos en los que Peña Nieto ya era mencionado desde 2006 como el futuro elegible, como parte de los acuerdos entre PRI y PAN, con Televisa de por medio, para el reconocimiento en aquellos años del triunfo de Calderón.

Todas las acusaciones de compra de voto utilizando mecanismo electrónicos diversos y que reclamaban investigaciones desde la policía hasta de la Secretaría de Hacienda, para levantar el velo de movimientos bancarios y de titulares de cuentas, de la emisión de monederos electrónicos, etcétera, quedaron en denuncias que las autoridades competentes no consideraron de relevancia, declarando triunfador a Peña Nieto. El testimonio de López Obrador de no reconocer el triunfo y su rápido giro convocando a formar una nueva organización política, en vez de encauzar esfuerzos en la protesta y la resistencia a la imposición, terminaron por desmovilizar lo que quedaba de posibilidades de movilización. Bajo nuevas formas la voluntad de la ciudadanía quedaba violentada, como violentados quedaban los procedimientos electorales como fórmula de recomposición de la legitimidad del mando político.

¿POR QUÉ GANÓ EL PRI?

Una pregunta recurrente después de las elecciones refiere a las razones por las cuales, más allá de la compra de voluntades y votos, el PRI obtuvo tantos votos, que sumados a los mal habidos, le permitieron ganar.¹ Las respuestas más comunes apuntan a

¹ Enrique Peña Nieto obtuvo 38.21% y Andrés Manuel López Obrador 31.59% del total de votos emitidos. En números absolutos, el primero 19 226 784 votos, y el segundo 15 896 999.

señalar que “el PRI roba, pero deja robar”, donde su diferencia con el PAN es que la corrupción con éste no ha terminado, y que “no reparte”. Una segunda repuesta destaca el peso de las televisoras en crear un candidato triunfador. Otra destaca que “el PRI sí sabe negociar con las bandas del narcotráfico”, lo que hará posible que regresemos a una situación de tranquilidad pública.

DEL CAPITALISMO CÍNICO Y FAGOCITADOR, AL PACIFISMO

Hay tres procesos que van más allá de la simple respuesta al interrogante inicial, referidos a aspectos del capitalismo contemporáneo, y que inciden en la vida en sociedad en el México actual.

El primero remite a la construcción de una vida societal sustentada en el cinismo, idea que de alguna manera alcanza a ser expresada en el dicho de “mentir con la verdad”. Actuar con impudicia, sin querer ocultar los atropellos, o lo indebido, sino por el contrario, poniéndolos a la vista de todos. Y que sea de tal tamaño la desvergüenza que lleve a los observadores a no creer posible que tal situación ocurra, o que ocurra como se presenta. Y entonces sospechar que la verdad es otra, no la impudicia.²

Los ejemplos del cinismo en la situación reciente de México son innumerables. Operaciones fraudulentas con pruebas y huellas inocultables, a lo menos en las dos últimas elecciones, y en las que autoridades de todos los poderes prosiguen los procedimientos porque realmente, más allá de las pruebas y las huellas inocultables, “aquí no ha pasado nada”.

Ejemplos más puntuales: Televisa y Milenio Noticias llevan a cabo su apoyo sobre Peña Nieto de manera inocultable, y frente a datos duros que ponen en evidencia tal situación, la respuesta es que no creen haberlo hecho. A lo más una disculpa, por los errores estadísticos, como lo hizo Ciro Gómez Leyva en su noticiero, en el que durante meses puso a Peña Nieto a 20 puntos por encima de López Obrador o de Vázquez Mota en las encuestas difundidas y reiteradas (al final la diferencia de Peña Nieto y López Obrador fue de poco más de 6 puntos porcentuales) en un claro intento por desalentar a los seguidores o posibles votantes de estos últimos.

² Slavoj Žižek (2011:58-61) trata el tema en relación con Berlusconi en Italia.

Lo segundo es el arribo a un estadio donde lo que tenemos es un capitalismo *fagocitador*, con capacidad de alimentarse de todo, o casi todo, lo que se le opone. Žižek habla irónicamente de los millonarios de Davos que se autocalifican de “comunistas liberales”, por su capacidad de asumir críticas al capitalismo, por lo que “no aceptan ya la oposición entre Davos (capitalismo global) y Porto Alegre (los nuevos movimiento sociales alternativos al capitalismo global)”, afirmando que “se puede lograr un pastel capitalista global”, con lo cual “no hay necesidad de Porto Alegre, puesto que Davos puede convertirse por sí mismo en Porto Davos” (Žižek, 2009:27). En esa línea el capitalismo ha inscrito en sus procesos de valorización la defensa de la ecología y el medio ambiente, pero convirtiéndolas en nuevos negocios; la crítica a los alimentos chatarras y el fomento de la alimentación orgánica; la idea del comercio justo hacia comunidades indígenas y o campesinas (*Starbucks* ha hecho de esta idea un factor que tranquiliza a los consumidores al convertirlos en aliados de aquellas comunidades); ha mercantilizado figuras como el Che, Marcos, Lenin o Marx, y las reproduce en camisetas y múltiples prendas de vestir. El capitalismo contemporáneo, señala Massumi, “adopta la lógica del exceso errático” (citado por Žižek, 2011:146), o bien, al decir de Žižek, tenemos un capitalismo en “constante autorrevolucionamiento” que debe impulsar de manera permanente la “superación de sus límites” (Žižek, 2011:147).

Esto es lo que permite (sin olvidar la presión) a Televisa y adláteres a publicitar las acciones de #Yosoy132, a entrevistar a sus dirigentes o a tener entre sus editorialistas en los noticieros nocturnos a la lópezobradorista Elena Poniatowska, o a Loret de Mola entrevistando al subcomandante Marcos, y a López Dóriga recibiendo en el estudio del noticiero a López Obrador.

Un tercer proceso refiere a la capacidad de la ideología del capitalismo contemporáneo de convertir la violencia en un elemento ajeno a la cultura, a sus valores o a la comunidad. De este modo la violencia es ejercida por sujetos o movimientos “exteriores”, sean terroristas islámicos (ajenos a la cultura occidental) o sicarios (ajenos a la comunidad y sus valores) (Osorio, 2012). La derivación de este proceso ha sido su condena y la entronización de un pacifismo considerado consustancial a todo movimiento de resistencia o de protesta.

Un hito en este proceso se puede identificar en el ataque a las Torres gemelas en Nueva York y la creación de una suerte de ecuación en la que oriental y/o musulmán son igual a violencia. No deja de ser paradójico que en el momento en que las potencias imperialistas han desplegado guerras e invasiones de inusitada violencia, se haya logrado desplazar la noción de violencia como sinónimo ajeno a nuestras sociedades.

Procedimientos similares se han producido en el tema de la violencia de las bandas del llamado crimen organizado. Pero importa destacar el reverso de este proceso: el pacifismo imperante. No deja de llamar la atención su capacidad de contención de los movimientos sociales en Europa, Estados Unidos y en México. Indignados, Ocupa, o #Yosoy132 proclaman como una virtud el pacifismo de sus organizaciones y de la no-violencia de sus manifestaciones. Y dicho pacifismo lleva implícito el respeto al Estado de derecho y a toda su violencia institucional (Osorio, 2012). Esto no es un asunto menor en la capacidad del capital y del Estado de convivir con –y asimilar– estas protestas. Lo preocupante es la enorme fuerza social inscrita en esos movimientos y su aún más poderoso potencial, que no emerge todos los días en la vida societal, tan mal canalizada.

CONCLUSIONES

Desde la crisis de la relación mando/obediencia presente en el Estado mexicano en los últimos años, la elección y asunción de Enrique Peña Nieto a la Presidencia del país la mantiene abierta y sin visos de solución. La falta de respuestas políticas más agudas por parte de partidos opositores y de los movimientos sociales no es un buen indicador de que los problemas en la materia se han solucionado. Habla más bien de los problemas de dichos partidos y de dichos movimientos sociales.

La presentación de la ley de Reforma Laboral y su discusión parlamentaria y en los medios en nada favorece al futuro gobierno, a pesar de que ésta ha sido presentada por el presidente saliente. El mensaje que se está enviando a la población trabajadora en general y a los jóvenes en particular es del inicio de un gobierno dispuesto a impulsar los proyectos de sectores de las clases dominantes y de afectar aún más las ya deterioradas condiciones de vida de los

asalariados y de los que se incorporan al mercado de trabajo. No debe descartarse que en muy corto plazo las calles del país sean escenarios de grandes movilizaciones y de agudos enfrentamientos con la participación de los movimientos que han operado en los últimos meses y de nuevos sectores sociales que a la fecha no se hacen presentes en niveles de significación regional y nacional.

La alianza PRI-PAN, clave en la vida política de México en los últimos decenios —que ha permitido resolver el asunto del relevo de personal en las cumbres del aparato de Estado en las últimas dos elecciones—, y velada por conflictos menores, apunta a convertirse en una fuerza que permita sortear asuntos legislativos y sacar adelante proyectos relevantes, como el ingreso de capital privado local y extranjero en el sector petrolero. Pero esa alianza tiene su primera prueba de fuego en la aprobación/modificación/rechazo de la reforma laboral que en estos días se discute y vota en el Congreso. Lo que ahí ocurra ofrecerá algunas pistas para vislumbrar el grado de entendimiento o el grado de cooperación antagónica que puede caracterizar la relación entre aquellas entidades partidarias durante el actual sexenio.

La persistencia de la crisis mundial y su impacto en los Estados Unidos, principal socio comercial y de inversiones con México, no abre escenarios favorables ni mucho menos. La agudización de los problemas económicos puede ser acompañada por una descomposición política en la que el narcotráfico seguirá contando con condiciones sociales y políticas para operar. El discurso de la fuerza del PRI para lidiar con aquél será puesto a prueba y en condiciones bastante desfavorables.

BIBLIOGRAFÍA

- Ávalos, Gerardo (2010), "México: nudo poder y disolución del Estado", *Veredas. Revista del pensamiento sociológico*, núm. 20, primer semestre, México, UAM-Xochimilco.
- Osorio, Jaime (2012), "Democracia/autoritarismo: nuevas relaciones mando/obediencia en América Latina", en J. Osorio, *Estado, biopoder, exclusión. Análisis desde la lógica del capital*, cap. III, Barcelona, Anthropos/UAM.
- (2011), "Acerca de la violencia", *Herramienta*, núm. 49, marzo, Buenos Aires.

- (2011) (coord.), *Violencia y crisis del Estado. Estudios sobre México*, México, UAM-Xochimilco.
- (2009), *Explotación redoblada y actualidad de la revolución*, México, Itaca/UAM.
- Roux, Rhina (2010), “El Príncipe fragmentado. Liberalización, desregulación y fragmentación estatal”, *Veredas. Revista del pensamiento sociológico*, núm. 20, primer semestre, México, UAM-Xochimilco.
- (2011), “Ausencia de ley: el desmoronamiento del Estado mexicano”, en J. Osorio, *Violencia y crisis del Estado. Estudios sobre México*, México, UAM-Xochimilco.
- Sloterdijk, Peter (2003), *Crítica de la razón cínica*, Madrid, Siruela.
- Žižek, Slavoj (2009), *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, Barcelona, Paidós.
- (2011), *Primero como tragedia, después como farsa*, Madrid, Akal.